



CAPITULO XXIX

Tafalla y Olite: sus famosos Palacios;
época probable de su edificación; artífices que en ellos trabajaron;
sucesos memorables de que fueron teatro
Iglesias de ambas poblaciones

NADA exagero si digo que al dejar en Pamplona el tílbury que tomé en Estella para recorrer los valles donde tantas curiosidades artísticas acabo de reseñar, experimenté verdadera pena. En aquel medio desvencijado carricoche—que tan funesto me fué en Urbiola,—ayudando la excepcional benignidad de la estación, solo desmentida por algunas horas en uno de los puertos de la pintoresca sierra de Sarbil, podía yo al menos detenerme á mi sabor en cualquier lugar donde una archivolta esculpida ó un románico capitel me brindasen con algún inesperado hallazgo arqueológico. Dejando el vehículo en cualquier paraje seguro, era yo dueño de dirigirme á pié, ó á caballo si había proporción, ya al arruinado monasterio olvidado entre peñascos, ya al santuario erigido fuera de camino en enhiesta cumbre. Esta libertad desaparece con el ferro-carril, el cual me lleva

á donde le plugo á la empresa que trazó el itinerario. Y ahora sin embargo nos conviene aprovecharlo, porque nos dirigimos á dos ciudades enfiladas en la línea que sube de Castejón á Pamplona, de la cual esperan la corriente magnética que sacuda su letargo y las saque de su actual postración.

TAFALLA y OLITE. — Halláronse estas dos poblaciones como identificadas en el período más brillante de su historia, y hubo un momento en que su enlace material estuvo á punto de ser un hecho. Aunque nada nos dijeran de su pasada importancia los documentos sacados de sus archivos, bastarían sus monumentos para pregonarla. — No hemos de entretenernos demasiado mencionando sus respectivos fueros: Olite, que blasona de haber sido cabeza de una de las cinco merindades de Navarra, ostenta los que le concedió D. García Ramírez en el siglo XII (año 1147) igualando á sus pobladores con los francos de Estella; Tafalla remonta sus fueros á mayor antigüedad, y exhibe los que le dió en el siglo XI el rey D. Sancho Ramírez, confirmados por Don Sancho *el Sabio*, D. Teobaldo II y D. Carlos II (1). En una cosa llevó Olite ventaja á Tafalla, y fué en no haberse turbado la paz de su vecindario con excisiones intestinas dimanadas de los diversos orígenes de sus pobladores, como por desgracia le sucedió á su hermana gemela, harto semejante en esto á Pamplona, Estella y otras ciudades, en que las rivalidades de los francos y de los navarros llegaron á traducirse en colisiones sangrientas. — En el año 1425, viendo D. Carlos *el Noble* que en Tafalla duraban todavía los debates entre *hidalgos* y *ruanos*, sin embargo del *privilegio de la Unión* que les tenía concedido, ordenó que hubiese dos alcaldes en la población y fuesen Juan Martíniz Darbizu Escudero, por los hidalgos, y Martín Relain por los ruanos; que el que sobreviviese de ellos, fuese alcalde en toda la villa; y que muertos ambos, fuese el alcalde elegido cada año,

(1) En el *Diccionario de Antigüedades* de Yanguas, art. OLITE y TAFALLA hallará el lector cuantas noticias desee acerca de la naturaleza de estos fueros.

para lo cual, juntos diez hidalgos y otros tantos ruanos, escogiesen tres hombres buenos de estado diferente al del alcalde último, y el rey eligiese entre ellos. En cuanto á los jurados, dictó también particular providencia para su elección, mandando que fuesen de ambos estados, y ordenó que los dos alcaldes alternasen por meses en las preeminencias de asiento, guarda del sello y otros derechos: todo á fin de que en adelante fuese pacífico el gobierno de aquella villa, «en la cual, y en la de Olite» (dice el *analista*,) tenía intento de asentar su corte y la de los reyes sus sucesores, uniendo ambos pueblos para que fuese «magnífica, espléndida y verdaderamente real (1)». — Once años después, en 1436, «por cuanto todavía duraban las diferencias entre los hidalgos y ruanos de Tafalla, y todos comprometieron en el rey, teniendo consideración los reyes D. Juan y D.^a Blanca á que la más frecuente residencia suya era en Tafalla, ordenaron las cosas siguientes: 1.^o, que las rentas concejiles sean comunes; 2.^o, que no haya dos alcaldes, uno de hijosdalgo y otro de ruanos, sino uno solo, y que por cuanto entonces lo eran Juan Martíniz Darbizu por los hijosdalgo, y Martín Relain por los ruanos, mandan que lo sea por toda su vida de toda la villa Juan Martíniz Darbizu, y que si Martín Relain le sobreviviere, lo sea sin nueva elección; 3.^o, que muriendo los dos, el alcaldío sea anual, y para eso escojan los jurados sobre juramento tres personas idóneas, sin atención á si es hidalgo ó ruano, y lo mismo para la elección de jurados; 4.^o, por cuanto hasta entonces los ruanos estaban aforados al fuero de los francos de San Martín de Estella, y los hidalgos eran juzgados según el Fuero general, manda que todos sean juzgados por el Fuero general, y gocen cuanto á él todos los privilegios de hijosdalgo; lo 5.^o, por cuanto el rey su padre y abuelo (porque el despacho va firmado en Tafalla á 3 de Setiembre de este año 1436 por el rey, la reina y el príncipe D. Carlos) habían

(1) Lib. XXXI, c. VIII, § IX.

»sido muy servidos de algunos palacios ó casas de la villa, les
 »señala lo que han de pagar de cuarteles, sin que se les puedan
 »crecer. Va señalando las cantidades, que no son todas iguales,
 »y nombra los palacios por este orden: palacio de Juan Martí-
 »niz Darbizu, palacio de Pedro Martíniz de Unzue, palacio de
 »Pere Arnaut, palacio de Juan Darbizu, palacio de Martín de
 »Navar et sus sobrinos, palacio de Yénego de Gulpide, palacio
 »de Juan Periz, palacio de Pedro Miguel de Leoz, palacio de
 »Martín Periz Darauzubi y Martín de Tudela, palacio de Pedro
 »Martíniz de Solchaga (1).»

Interesan estos fueros porque dan á conocer el estado é im-
 portancia de las poblaciones. Deducimos de los de Tafalla, que
 había en esta villa nada menos que diez casas que merecían
 consideración de palacios; y por el análisis que de ellos puede
 hacer cualquier lector curioso, se verá también que desde los
 tiempos del rey Sancho Ramírez había allí castillo, en el cual
 tenían obligación de trabajar con sus manos los labradores, aca-
 rreando los materiales con sus bestias. —Las ferias y mercados,
 otorgados también en los fueros y privilegios á ambos pueblos,
 aumentaban considerablemente la riqueza dimanada de su fero-
 císimo suelo, y es curioso ver el movimiento que en ellos pro-
 ducían, en las relaciones remitidas de ambas localidades á la
 Real Academia de la Historia á fines del siglo pasado para la
 formación del Diccionario geográfico-histórico á que tantas veces
 hemos aludido. «Los nueve días de esta feria franca (escribe el
 »informante de Tafalla, cuyo nombre no consta), por sentencia
 »del Consejo Supremo del Reino, comienzan en el día 3 de Fe-
 »brero y concluyen con el 12. Es muy concurrida de muchos
 »extranjeros de Francia que acuden con varias mercaderías de
 »telas, antes, suelas y otras cosas, como asimismo de los caste-
 »llanos, aragoneses, valencianos y otros del reino, unos con ga-

(1) Lib. XXXII, c. IV. Anotación. Declara el P. Alesón en esta nota haber sacado el documento que transcribe del original existente en el Archivo de Tafalla.

»nado mular, y otros con efectos de especería, cacao, azúcar,
 »grumo (sic) etc. En el año de 1473 el rey D. Juan les conce-
 »dió el privilegio de mercado franco en los martes de cada se-
 »mana, y es mucho el concurso de gentes, por lo que se con-
 »templa el mayor ó de los superiores del reino, por la proporción
 »de hallarse próximas 16 villas crecidas, una ciudad y muchos
 »lugares, que frecuentemente asisten con granos, aves, cerdos,
 »y otras cosas (1).»

La antigua importancia de Olite se revela en la grandeza
 de sus construcciones, en el hecho de haberla erigido Carlos *el*
Noble, según queda expresado, en cabeza de merindad, adjudicán-
 dolo más de treinta pueblos que hasta entonces habían per-
 tenecido á las merindades de Tudela y Sangüesa (2), y en otro
 hecho, también muy significativo, cual fué el de mandar que el
 castillo de Tafalla estuviese en poder del merino de Olite (3).—
 De este castillo de Tafalla no sabemos gran cosa: por el resu-
 men que hace Yanguas del privilegio otorgado á la villa en el
 siglo XI por Sancho Ramírez, se colige que era del Señor del
 lugar, no del rey; y que el castillo era edificio distinto del pala-
 cio del monarca, se deduce de una demanda que en 1316, último
 año del reinado de Luís Hutino, interpuso el procurador real
 contra el concejo de Tafalla, sobre la obligación que suponía
 tener éste de reedificar y sostener á su costa el *castillo del pue-
 blo* y los molinos y *palacios del rey*, y trabajar en sus here-
 dades (4).

Recojamos este interesante dato de la existencia de un pala-
 cio real en Tafalla en el siglo XIV, que más adelante nos hará
 al caso al rastrear la historia de las grandes construcciones que

(1) *Descripciones de Navarra*: ms. de la acad. T. II.

(2) Fueron estos pueblos, Mendigorria, Larraga, Berbinzana, Miranda, Falces, Peralta, Funes, Milagro, Villanueva cerca de Funes, Marcilla, Caparroso, Murillo el Fruto, Ujue, San Martín de Unx, Val de Leoz, Valdorba, el Puyo, Artajona, Tafalla y todas las otras villas de la orilla derecha del Aragón.

(3) *Arch. de Comp.*, caj. 94, n.º 15.

(4) *Arch. de Comp.*, caj. 5, n.º 72.

en esta villa ejecutó D. Carlos *el Noble*; y fijemos nuestra atención en las soberbias ruinas del palacio de Olite, que fué quizá la obra arquitectónica más importante, de carácter civil, ó si se quiere cívico-militar, que vió erigir la Edad-media en el suelo de Navarra. Estas incomparables ruinas, cuya grandeza atrae y fascina, presentan un conjunto menos austero é imponente que las del monasterio de Iruzu, con las cuales forman el complemento del arte monumental que la moderna civilización ha proscrito. El palacio-castillo y el monasterio feudal, en efecto, son dos fórmulas de una manifestación social que probablemente no volverá á repetirse en el mundo.

El palacio real de Olite ha tenido un diligente investigador de su historia y de su complicada icnografía en nuestro amigo D. Juan Iturralde (1): á él, y á los preciosos Índices que formó Vargas Ponce de los documentos del Archivo de Comptos, acudirémos para decir lo que es y lo que fué este monumento en su forma y en su historia.— Observa con razón el citado escritor que cuando por primera vez se contemplan su severa y caprichosa silueta, y el sinnúmero de destrozados torreones que coronan sus robustos muros, se cree estar viendo, no un palacio, sino alguna ciudad víctima de uno de aquellos cataclismos cuyo recuerdo nos conservan las historias. Sus truncadas torres (dice), sus cuarteados muros, sus mutiladas ojivas, son como el emblema de las vicisitudes por que ha pasado este noble país, y ese castillo, obra predilecta de un gran monarca, esas bóvedas bajo las cuales se celebraron tantos triunfos, que presenciaron acon-

(1) Este entendido y celoso anticuario redactó en Junio de 1870 una extensa Memoria, que fué remitida por la Comisión de Monumentos de Navarra á la Real Academia de San Fernando, acompañada de un detenido estudio gráfico de aquellas inapreciables ruinas, ejecutado por muy competentes profesores. Después, publicó el mismo Sr. Iturralde su *Memoria sobre las ruinas del Palacio Real de Olite*, que mereció el aplauso de los inteligentes; y últimamente completó sus tareas en la *Rev. Eusk.*, t. VI, p. 381 y siguientes, con noticias sacadas de un curioso ms. del siglo xv existente en el Museo Británico y dado á conocer entre nosotros por la Sra. D.^a Emilia Gayangos de Riaño.

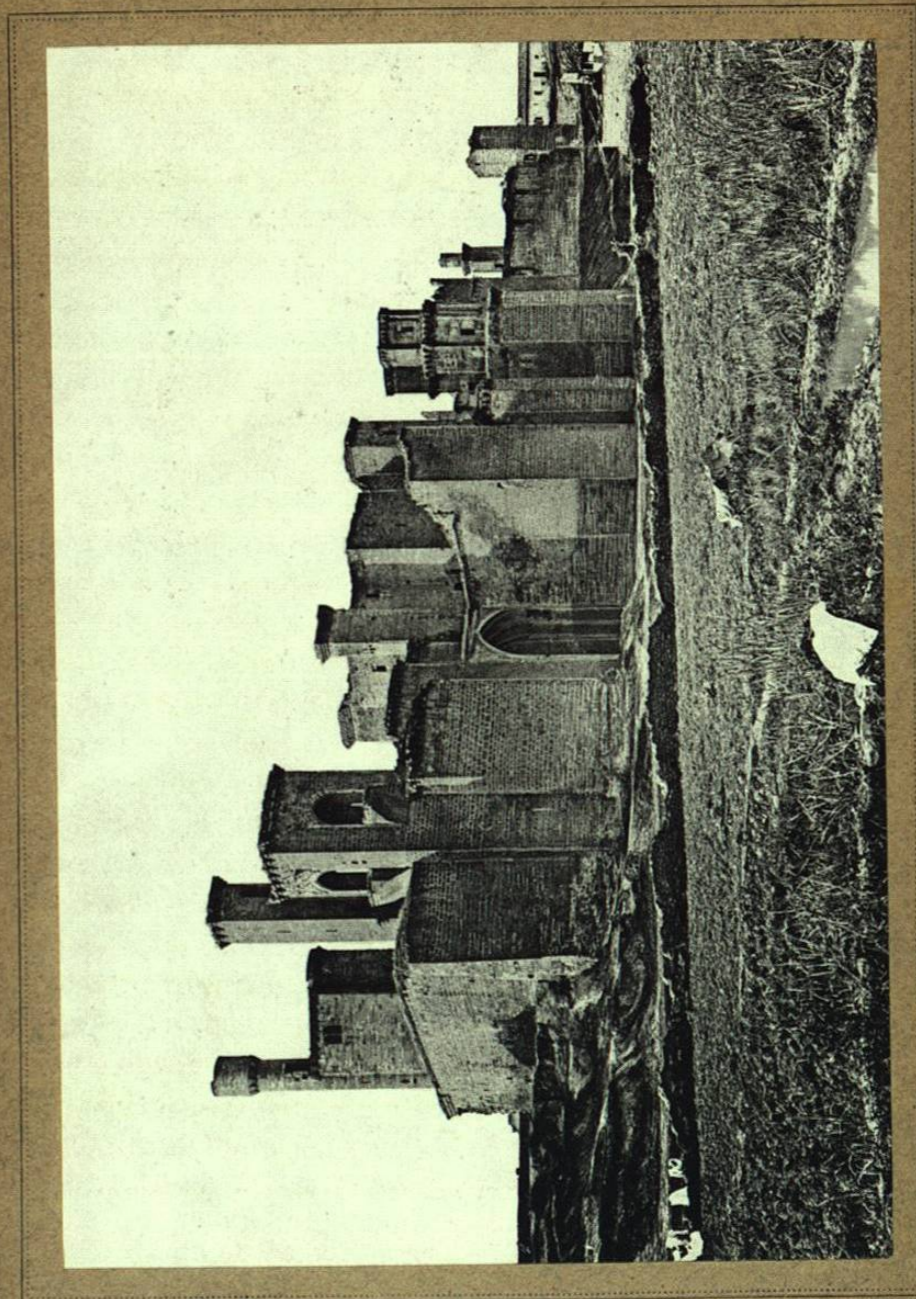
tecimientos tan notables, que resonaron con los gritos de guerra ó con las trovas de amor de los juglares, parecen hoy la tumba de un reino! Á la alegre algazara ha sucedido sepulcral silencio, solo interrumpido por el chillido lastimero de las aves nocturnas que en él anidan, ó por el estruendo de alguna piedra que se desploma y sepulta consigo entre los escombros una letra del libro de la historia!

Difícil es dar una idea exacta de la forma que presenta este palacio por efecto de su irregularidad: lo extraño de su planta y la aparente falta de unidad que en él se nota, hace creer de pronto que esta ingente mole es un agregado de construcciones de diversos tiempos; pero su examen detenido convence de que todas sus partes, por incoherentes que parezcan, son obra de una misma época. Hay que tener presente, observa también el autor de la erudita monografía, que el temor de las sorpresas y golpes de mano, que con tanta frecuencia se repetían en aquel tiempo, hacía á los Señores recelosos y desconfiados, y que por esta causa los torreones de grande elevación, los angostos corredores, las escaleras de caracol, las galerías sin salida, las puertas secretas, las entradas y salidas combinadas á modo de burladores, etc., eran para ellos otras tantas garantías de seguridad, naciendo de aquí el que adoptaran en la distribución interior de sus viviendas una irregularidad sistemática.— Los muros exteriores parecen haber estado coronados de almenas y matacanes, y en muchos ángulos se elevan sobre ménsulas muy salientes torreoncillos cilíndricos sorprendentes por su atrevida construcción. La piedra está trabajada con esmero, y aún duran algunos detalles admirablemente esculpidos que acusan la gran habilidad ornamental de los artífices que los labraron. El tono general, dorado y rojizo de la arenisca empleada en estos palacios, forma bellissimo contraste con la blanca calcárea y el mármol de algunos arcos y columnas de derrocadas galerías, de las cuales queda en pie, y como en equilibrio, esta muestra de una lujosa decoración arquitectónica para siempre perdida. Porque si por

una parte sus robustos muros erizados de almenas, y sus misteriosas poternas, recordaban las mansiones de los temidos señores feudales, por otro los elegantes torrejoncillos, las abiertas y soleadas galerías, sus calados y vistosos ajimeces, los risueños jardines pensiles, claramente indicaban que ya el feudalismo con sus tiránicas violencias iba á extinguirse para siempre, sustituyéndole una nueva era de civilización. Por esto sin duda en los documentos coetáneos se le denomina *palacio* y no *castillo*.

La historia no nos ha conservado descripción alguna de lo que fué en los días de su esplendor, en aquellos en que sus accesos se cubrían de ramos y juncia para el recibimiento de los reyes y príncipes, ó los muros de los patios interiores repercutían ya el grave rugido de las fieras encarceladas, ya el clamor de las trompas y dulzainas de los ministriles, mientras se perdían por las altas galerías y giraban por las almenadas torres los ecos del ruidoso festín ó del animado sarao. Solo en los silenciosos y glaciales aposentos de un archivo existen los mudos testimonios que sirven al estudioso de guía para entrever lo que fueron aquellas regias estancias y algo de la distribución de sus dependencias, y por tales documentos se vislumbra que así en los apacibles días de D. Carlos *el Noble* como en los menos tranquilos de su sucesor D. Juan II, las cacerías y los torneos, las danzas y las trovas, las justas y los banquetes, eran los solaces favoritos en los palacios de Olite, lo mismo que lo eran en el castillo de Girafontana en los días del romanesco D. Pero Niño. Por ellos sabemos que con motivo de las bodas del Príncipe de Viana con D.^a Inés de Clèves, hubo allí justas, para las cuales se hicieron *diez docenas de lanzas*, hallándose en las fiestas *moros y moras, juglares de Játiva*; y que este mismo Príncipe se entretenía en dar bailes y *salas* á sus amigos, *caballeros é gentiles hombres*, en cuyas ocasiones las danzas se alumbraban con *torchas* (antorchas).

La tradición supone que en este palacio había tantas habitaciones como días tiene el año, y aunque ningún crédito merece,



Palacio de Olite

sirve sin embargo para probar la grandeza de tal fábrica, como expresión del asombro que en el pueblo producía su magnitud. Sus muros están defendidos con torres cuadradas ó de planta poligonal, semejantes á las que se ven en la mayor parte de las plazas fuertes de la Provenza y de las villas del Ródano. No es ya posible, por el simple estudio de las ruinas, saber el número de las torres que el palacio tenía; pero por algunos inventarios de los siglos XVI y XVII se viene en conocimiento de que cuando menos llegaban á quince, todas las cuales tenían sus nombres (1). Esa que ves descollando á tu mano izquierda, de forma cilíndrica de dos cuerpos, saliente el segundo sobre el primero, y más alta que todas las otras, es la llamada de *los Atalayas*, y su nombre está justificado por su misma elevación. En ella se veía á todas horas al centinela destinado á vigilar y cuidar de la seguridad del castillo.— Sigue á la derecha la torre de *los cuatro vientos*, que coronaban cuatro elegantes miradores salientes.— Hacia el extremo de la derecha, advertirás una robusta torre octógona, dividida en tres cuerpos, separados en lo antiguo por otros tantos parapetos volados sobre matacanes, que debían de producir muy agradable efecto. Á ésta se dió con gran propiedad el nombre de *torre de las tres coronas*. Había una torre destinada al *aljibe*, que aún se conserva en excelente estado porque este servicio tan principal del castillo continuaba muy atendido en el siglo XVI. Á este aljibe iban á parar por multitud de canales las aguas llovedizas.— Ignórase dónde estaba la puerta ó entrada principal primitiva, pues la que actualmente aparece como tal, que es la que da á lo que llaman la *placeta*, no presenta antigüedad en su construcción. Tampoco se encuentra rastro de la escalera principal, en la cual consta que había un pilar

(1) Eran éstos: de Joyossa guarda; de los Cuatro vientos; de Sobre el portal; del Aljibe; de los Lebreles; de las Tres coronas; de Sobre el corredor del Sol; de las Cigüeñas; de los Atalayas; de los Perros; de la Prisión; del Pero; de la Despensa; de la Reina y del Granado.

de sostenimiento, cuya piedra se picaba y labraba en el año 1599, y bóvedas, y un grande escudo con las armas reales puesto en su mitad. Hoy solo existen escaleras de caracol, aunque en número considerable, abiertas unas en el espesor de los muros, y construídas otras en forma de torrejones, adheridos exteriormente á las torres más importantes. Por estas escaleras se comunicaban entre sí los diferentes pisos del castillo, y todavía se conservan algunas en muy buen estado, gracias á su excelente fábrica.—Las puertas de los aposentos son pequeñas: había muchas puertas falsas, y en un inventario del año 1602 se menciona una *puerta secreta de hierro que sale al portal del río*.

Entre las cosas que más excitaban la admiración en este palacio de Olite hay que mencionar sus jardines pensiles y los incomparables artesonados de sus salones. El arquitecto que le construyó, venciendo dificultades con sin igual maestría, estableció espaciosos terrados en lo alto de los muros, sustentándolos interiormente en arquerías ojivales notables por su robustez y valentía, y estos terrados fueron destinados á jardines. Nada faltaba en ellos de cuanto pudiera apetecer el gusto é imaginar la más caprichosa fantasía. En una parte del jardín estaba el *juego de pelota*; en otra la *pajarera*, y dentro de esta había una *pila y pinos verdes* para descanso y regalo de las aves. Criábanse allí cisnes y pavos reales. Había en los jardines cauces ó regazuelos para el riego de las plantas exóticas y de los árboles frutales de raras especies que en ellos crecían: los granados, las moreras, los limoneros y otros muy preciados en aquel clima, se alzaban lozanos y pomposos entre los dorados torreones y embalsamaban el ambiente con sus aromas. Una parte de los jardines, llamada *huerta de los naranjos*, estaba poblada de estos preciosos árboles, y es digno de notarse que ya figuraba esta fruta en la mesa del rey cuando todavía no era conocida ó cultivada en Francia (1). Había asimismo un huertecillo llamado

(1) Cuando en 1498 casó el rey de Francia Luís XII con Ana de Bretaña, viuda

de los baños, cuyo nombre indica el objeto á que estaba destinado, y un *jardín del Cenador* con un hermoso salto de agua. Sobre todos estos jardines se habían construído vistosas galerías que llevaban el nombre de *Claustros*, sin duda por la semejanza que sus abiertas arquerías les daban con los de los monasterios, y había un *claustro de los Cipreses*, otro *del Granado*, otro *de la Parra*, etc.—Entre la multitud de salas que contenía el palacio de Olite, se distinguía por su magnitud una donde se verificaban las grandes recepciones oficiales, con motivo de las bodas, las consagraciones de ciertos obispos, la presentación de los príncipes extranjeros, de los embajadores, etc.: actos que muchas veces se solemnizaban con banquetes, y otras simplemente con saraos, á lo que llamaban *tener sala*. Hubo ocasión en que la gran sala destinada á estas ceremonias en el palacio de Olite, contuvo hasta 300 personas, y fué esto en 1426 en que *fizo la seynora reyna la fiesta de la Consagracion del Obispo de Pamplona et de las bodas de Martin de Peralta su hermano, et tovo la sala el Princep et fueron convidados el Obispo de Montalvan, el Arzidiagno de Lodena, embajadores del Papa, el Obispo de Calahorra, et el Obispo de Bayona, et todos los cabailleros et dueinas et otras gentes de Estado: Fueron en sala 300 personas.* Entiendé Iturralde que en este mismo salón se celebrarían las reuniones de Cortes, y que no era otro que la gran pieza contigua á la torre *de las Cigüeñas* en la parte que da á la *placeta*, la cual se halla sostenida por una serie de arcos apuntados de atrevida construcción, pero sin conservar el menor vestigio de

de su predecesor Carlos VIII, queriendo la reina de Navarra D.^a Catalina hacer un regalo de mérito particular á la de Francia, le remitió como obsequio raro y precioso una caja que contenía cinco naranjos, uno de los cuales había sido sembrado y cultivado con grande esmero por su tercera abuela la reina D.^a Leonor, mujer de D. Carlos *el Noble*.—Este naranjo, que la reina D.^a Leonor sembró y crió por sí misma, y que todavía vive al cabo de 475 años, y en el magnífico invernadero de Versalles impera como patriarca entre toda aquella rica vegetación con el nombre de *Gran Condestable* y de *Gran Borbón*, ha sido objeto de una preciosa leyenda de nuestro querido amigo el Sr. D. Rafael Gaztelu, marqués de Echandía, que publicó la *Revista Euskara* en su tomo 6.^o, páginas 362 y siguientes.